



Jean-Jacques Rousseau meditando en La Rochecordon, cerca de Lyon, en 1770; óleo de Alexandre Hyacinthe Dunouy

GETTY IMAGES

Ensayo Mientras la maldad nos fascina, el bien lo asociamos a la simplicidad o la flaqueza. Phillips y Taylor brindan un brillante estudio sobre la necesidad de ser buenos siguiendo la senda de la historia, las religiones o el psicoanálisis

La bondad, nuestro placer prohibido

Adam Phillips y Barbara Taylor
Elogio de la bondad
Traducción de Antonio Prometeo Moya

DUOMO EDICIONES
117 PÁGINAS
15,50 EUROS

LUANA FERRERO

Los buenos sentimientos no son un negocio rentable. No nos enganiamos, la bondad no vende. No tenemos más que echar un vistazo a la literatura y al cine de hoy, repletos de tipos malvados y retorcidos que relegan al bonachón a un discreto segundo plano. De ahí el mérito de Adam Phillips y Barbara Taylor, que publican *Elogio de la bondad*, un imprescindible testimonio acerca de la necesidad de bondad que tiene el ser humano, sobre todo hoy, en esta sociedad que "elogia la bondad episódicamente pero la devalúa por sistema". En este fascinante ensayo de poco más de cien páginas, Phillips, psicoanalista, y Taylor, historiadora, recogen una perspectiva histórica acerca del complejo problema de la bondad hasta llegar a sus implicaciones psicológicas de hoy en día resaltando la importante perspectiva que nos ofrece el psicoanálisis.

Un sabio proverbio, "de bueno, tonto", lo dice todo; el bien nos parece simple, transparente, algo que no entraña dificultad, como en el caso del príncipe Mishkin en *El idiota*. Que duda cabe que hablar del bien o de la bondad es difícil porque el mal es expansivo y fasci-

¿San Rousseau?

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) no es un ejemplo convincente de figura de la bondad. Gruñón y egocéntrico, los sufrimientos de los demás fueron un misterio para él. Postuló que el ser humano era bueno por naturaleza; llegaba al mundo lleno de bondad e inocencia pero la sociedad se encargaba de corromperlo. Fue el autor de *Emilio*, el tratado más célebre sobre la educación en todo el XVIII, que ilustra la evolución de un muchacho educado según las inclinaciones naturales y no según las convenciones sociales. El libro fue un verdadero impacto para la época, sin embargo, Rousseau fue poco fiel a sus teorías y prefirió meter a sus cinco hijos en un orfanato. ¿Hipócrita insincero o profeta de la bondad? Ya se sabe; en casa del herrero, cuchillo de palo. **LF.**

na, y su contrario no. La bondad nos parece un signo de flaqueza, un concepto que pertenece a las religiones. Ya dijo Jacques Lacan que "el mandamiento cristiano ama al prójimo como a ti mismo, debía entenderse irónicamente, dado que todo el mundo se odia a sí mismo".

Pero ¿qué es lo que más nos asusta de nosotros mismos? La respuesta nos sorprenderá; no se trata del egoísmo o la maldad. El fantasma que nos acecha es la bondad; nuestro placer prohibido. Si bien está extendida la opinión de que la bondad es la virtud de los perdedores, Adam Phillips y Barbara Taylor se encargan de dejar claro que no hay nada más alejado de esta suposición comúnmente aceptada, y que es la bondad la condición que posibilita la apertura hacia los demás.

A partir del segundo capítulo del libro se emprende una travesía a través de la historia de la bondad, un problema abordado en todas las épocas. Ya en la antigüedad se debatía acerca de si los hombres eran o no buenos por naturaleza, pero fue en la transición de la sociedad pagana al cristianismo cuando se dio un salto cualitativo, pues se erigió la bondad como mandato

universal de la familia humana. Y así, "al universalizar la bondad, el cristianismo afirmó su derecho a ser una religión global". La bondad se perfila como una inclinación natural en el hombre, algo que pondría en entredicho Lutero con su tesis de que la naturaleza humana estaba irremediabilmente corrompida desde el pecado original. Hobbes está en esta misma línea, pero esta corriente tuvo muchos detractores, sobre todo Rousseau, el mayor profeta de la bondad del pensamiento occidental, que definió al hombre como un ser social que sólo podía llegar a la plenitud relacionándose con los demás. Así, la sociedad se señalaba como culpable de la corrupción de la bondad originaria.

La importante aportación de Freud

Con la llegada del psicoanálisis, el problema de la bondad iba a ir por otros derroteros; el placer, incluido el placer de la bondad, pasaba a ser algo referente al sexo. Sigmund Freud, ciento cincuenta años después que Rousseau, definió la bondad en términos eróticos. El psicoanálisis es una explicación de por qué las personas se tienen hoy tanto miedo: "Si la pregunta religiosa es: ¿cómo es posible que un dios bueno cree seres capaces de cometer crueldades?, la pregunta laica, recogida por el psicoanálisis, será: ¿por qué ha de ser bondadoso el animal humano, que no ha sido creado por ninguna divinidad y se guía por la sexualidad y la supervivencia?". Se llevó a cabo una erotización de la bondad afirmando que sólo en la maduración sexual encontramos las claves de lo que nos permite acercarnos a los sufrimientos del otro.

No obstante, hay que remarcar que las personas empezaron a acercarse al psicoanálisis no porque fueran más desdichadas, sino porque no podían ser tan bondadosos como querían y, como resultado, la

El tema se debate desde la antigüedad, pero las sociedades modernas exigen nuevas respuestas

bondad pasó a ser también un enemigo del desarrollo humano para el psicoanálisis.

Más allá de si toda esta problemática está solucionada o no, deberíamos tener en cuenta que no toda acción humana es egoísta en última instancia. Este libro es un recordatorio de que si bien la nuestra es una sociedad competitiva que divide a las personas en ganadoras y perdedoras y que, por tanto, fomenta la maldad, tal vez esperemos de la bondad más de lo que estemos dispuestos a admitir. Quizás, como decía Goethe, la bondad es la cadena de oro que enlaza la sociedad. **J**